

# Las creencias religiosas en el desconsuelo social

*Margarita Reyna Ruiz*<sup>1</sup>

Ligada a los cambios de las sociedades actuales, la situación en México parece un retrato de la sociedad de riesgo descrita por Ulrich Beck, aunque en este caso el riesgo proviene de los desniveles propios de un país con enormes desigualdades internas. En México hay millones de personas que se encuentran sin trabajo formal, con instituciones desdibujadas, desamparados civilmente, con horizontes de existencia corroidos. A esta violencia material y simbólica se añade la violencia física que cotidianamente viven miles de personas. Estas carencias y miserias despojan a la población de los instrumentos de mediación simbólica con los cuales puede reelaborar el sentido de su mundo. La población, entonces, queda a merced de las elaboraciones derivadas de la producción simbólica de grupos e instituciones intermedias que así elevan sus posibilidades de incidir en la vida social. En este texto abordaremos el papel que juegan las creencias religiosas en esta coyuntura de la sociedad mexicana actual.

**PALABRAS CLAVE:** creencias religiosas, secularización, reconfiguración religiosa, incertidumbre, desconsuelo, violencia.

Tied to the changes in contemporary societies, the situation in Mexico resembles a portrait of the “society of risk” described by Ulrich Beck, although in this case the risk stems from the different levels proper to a country with enormous internal inequalities. In Mexico there are millions of people without formal jobs, with dysfunctional institutions, civically unprotected, with disappearing horizons. To this material and symbolic violence is added the physical violence experienced daily by thousand people. These needs and wants deprive the population of the instruments of symbolic mediation with which they could reconstruct the meaning of their world. They are left at the mercy of elaborations derived from the symbolic production of intermedial groups and institutions which raise their possibilities of participating in social life. In this paper we treat the role which religious beliefs play at this juncture of contemporary Mexican society.

**KEYWORDS:** religious beliefs, secularization, religious reconfiguration, uncertainty, despair, violence.

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco [[amreynar@gmail.com](mailto:amreynar@gmail.com)].

## Introducción

EL INDIVIDUO CONTEMPORÁNEO PARECE TRANSITAR EN LA INTEMPERIE ÉTICA con sus motivaciones volubles, sus metas oportunistas, sus afectos lábiles. En México la mayoría de la población se encuentra sin trabajo formal, sin instituciones reconocibles o muy desdibujadas, desamparados civilmente, con corroídos horizontes de existencia por los cambios acelerados y una inseguridad pernicioso. El problema se agrava al ser uno de los países con altas tasas de analfabetismo funcional, con una escolarización de mala calidad. A esta violencia material y simbólica se añade la violencia física, hoy más que nunca exacerbada, que viven cotidianamente, sin tregua e indistintamente, miles de personas. Tales carencias y miserias nos despojan de los instrumentos de mediación simbólica con los cuales se puede reelaborar el sentido del mundo. Quedamos a merced de las elaboraciones derivadas de la producción simbólica de los agentes, grupos e instituciones que en esta coyuntura elevan sus posibilidades de incidir en la vida social. Sin lugar a dudas, las creencias religiosas son uno de esos espacios en donde se busca apego y algo de certeza. En este texto se reflexiona, de forma general, sobre la situación que guardan las creencias religiosas en esta coyuntura de la sociedad actual y del caso mexicano en particular.

### Las creencias religiosas en la modernidad tardía

Al término del primer decenio del siglo XXI, contra todo pronóstico, las religiones son una parte constitutiva del devenir social. Se dice, incluso, que la religión experimenta una fuerte efervescencia enmarcada en la crisis de una alta modernidad que, más que cumplir con las expectativas de progreso y certidumbre, produce la sensación de caminar a la deriva encarando un futuro incierto y amenazador, donde todas las certezas se vuelven contingentes.

Sin embargo, la pervivencia de las creencias religiosas no se ha dado al margen de los cambios profundos e irreversibles que la modernidad trajo consigo; es decir, este reavivamiento de lo religioso no se da en el marco normativo de las instituciones tradicionales del pasado inmediato. Hoy nos enfrentamos, más bien, a una diversificación de lo religioso que corre paralela a la de la vida social. Han surgido un gran número de agrupaciones y prácticas religiosas y con ellas una importante cantidad de actividades, servicios y productos cargados de un significado místico; una búsqueda de la visibilidad pública de los rituales y sus prácticas. Se ha configurado una oferta de valores y símbolos religiosos que constituye el punto de afinidad con las prácticas que han prevalecido en la industria mediática y que contribuyen a esa visibilidad.

Para finales del siglo XIX principios del XX las vertiginosas transformaciones económicas, técnicas y sociales que tuvieron lugar desde por lo menos cien años atrás, dejaban ya en claro que la autoridad espiritual dominante, por lo menos desde la Edad Media, cedía su lugar a la ciencia. La religión se ve relegada del centro de la vida social. El misterio es desplazado por la medida y el cálculo, lo inmaterial por lo tangible. Tiene lugar lo que Weber denominara el “desencantamiento del mundo”: el proceso de secularización que acompaña el desarrollo occidental moderno (Weber, 1984).

La secularización supone, entre otras muchas cosas, un proceso de diferenciación; esto es, un proceso a través del cual se desarrollan instituciones que realizan distintas funciones estructuralmente diversas. En esta diferenciación la religión se convierte en una más de las instituciones y pierde con eso su pretensión universal. La religión se convierte en una institución entre otras instituciones y la iglesia una organización entre otras, con las cuales, a su vez, está interrelacionada –las de enseñanza, salud, política, etc.– (Dobbelaere, 1994). La religión queda entonces circunscrita a los muros de la institución, se privatiza. Al quedar restringida al ámbito de la institución, de la vida interior y afectiva de los individuos y de la familia, la religión privatizada se hace social y culturalmente invisible, nos dice Luckmann, (1973).

La secularización trae consigo una polarización entre religión y sociedad secular, que a su vez trae consigo una desmonopolización de las tradiciones religiosas. En esta óptica, la esfera religiosa también tuvo que racionalizarse:

La pluralista situación de mercado forzó a las instituciones religiosas a comerciar sus mercancías, las tradiciones religiosas. Y con el fin de alcanzar ‘resultados’, las estructuras socio-religiosas se burocratizaron, lo que estimuló la profesionalización del personal religioso y el ecumenismo [Dobbelaere, 1994:16].

Lo anterior supone una transformación sin precedente en el ámbito religioso, que no es sino “el descenso y surgimiento de comunidades religiosas, cambios en su estructura organizativa y cambios en las creencias morales y rituales” (Dobbelaere, 1994: 67). La evolución religiosa se verá entonces vinculada a la individuación, a la privatización y a la diferenciación religiosa.

Se genera así una transformación en la práctica religiosa de la sociedad moderna, vinculada a un proceso de secularización que, contrariamente a muchos pronósticos, no es lineal ni unidireccional. Hay en su transcurso tendencias contradictorias. Esto supone también que el descenso del control religioso sobre la vida social no es homogéneo ni lineal. La racionalidad económico- tecno-científica no impregna simultáneamente a todos los ámbitos y todas las esferas por igual. Nuevamente ello estaría supeditado a los contextos culturales específicos.

Hay momentos donde los grupos religiosos pueden retomar control sobre ciertos espacios, por ejemplo, cuando en la educación se reintroduce un contenido religioso. Hay otros en los que la religión también puede ser usada para legitimar una autoridad establecida. En los tiempos de crisis política, económica y de guerra se puede presentar un reforzamiento en el consenso de la necesidad de valores y creencias, y la religión puede ser uno de ellos. De igual manera, entre más próxima sea la relación entre religión y cultura nacional la primera puede ser usada como fuente de legitimación (Dobbelaere, 1994).

Las creencias religiosas están, pues, lejos de haber desaparecido –en realidad nunca se han ido–. Los debates sobre la religión popular en América Latina y los países católicos; la presencia de la religión en la escena pública del islam o los evangelismos carismáticos; la aparición de los llamados nuevos movimientos religiosos donde se desarrollan sincretismos de todo tipo, abonan en dirección de esta idea. Lo anterior pone en cuestión la tesis de la desaparición de la religión e invita a reflexionar sobre las condiciones en las que las creencias religiosas se presentan en la sociedad postindustrial. Se

habla entonces ya no de desaparición sino de desregulación y recomposición del fenómeno religioso. Esta recomposición pone en el centro no sólo a las instituciones religiosas tradicionales sino también a las múltiples agrupaciones religiosas emergentes, muchas de las cuales colocan el acento de sus universos de creencia en el individuo.

Desde mediados de la década de 1960 algunos sociólogos, como Thomas Luckmann (1973, 1995, 2008), comienzan a hablar de estas transformaciones frente a una realidad innegable: las creencias parecen proliferar en relación directa a la incertidumbre que genera la rapidez de los cambios en todas las esferas de la vida social. Lo anterior es reforzado cuando las expectativas generadas por la modernidad se ven sopesadas por sus costos, es decir, conforme se vislumbra que la modernidad es vulnerable a sus efectos no deseados, a las promesas no cumplidas, a la existencia constante de problemas y peligros que amenazan constantemente la estabilidad social e individual; esto es, cuando la incertidumbre, lejos de desaparecer, va en aumento al verse cuestionadas las certezas sobre las que descansaban estilos de vida y comportamiento. Los referentes de sentido se tambalean, y con ellos la identidad personal y grupal. La proliferación de lo religioso se encuadra, por tanto, en un proceso de reorganización de las creencias, en una sociedad cuya condición estructural es la falta de certezas así como la movilidad y el intercambio de todas las referencias.

En una situación de pérdida de control y rumbo aumenta la sensación de desorden, esto hace que se perciba la vida como un azar, el hombre se siente entregado a lo indefinible, experimenta su contingencia y finitud. Traducida a la experiencia cotidiana esta descripción implica hablar de millones de personas enfrentadas a un mundo que se vuelve inestable, al desencanto y al crecimiento de la incertidumbre, que se canaliza en la búsqueda de respuestas, al menos a lo inmediato de la vida. El ciudadano desde su sentido común enfrenta el entorno social de la época, un entorno donde estar protegido es también estar amenazado; y esto porque nuestras sociedades son sociedades de individuos que no encuentran, ni en ellos mismos ni en su medio inmediato, la capacidad de asegurar su protección. Estamos ante lo que Ulrich Beck (1998) designa como “sociedad de riesgo”, una sociedad donde lo que gobierna no es el progreso sino la permanente incertidumbre, donde la inseguridad pareciera el horizonte insuperable de la condición humana.

Bajo esta situación es factible que crezca la tentación de experimentar formas de vida y pensamiento que indagan los caminos de lo sagrado, del esoterismo y de experiencias religiosas plurales que la racionalidad económica o técnica-científica no logra ofrecer. Se dan, pues, las condiciones socio-culturales para que la búsqueda de orientación y seguridad, social y personal, se haga por los caminos que exploran el dominio religioso de la contingencia (cfr. Mardones, 1999). En este entorno no es extraño encontrarnos con la proliferación de gurús que aseguran orientación y verdad, personas y grupos que dan calor y acogida a los muchos que se sienten arrojados a la intemperie en esta sociedad profundamente violentada. Aparece el mistagogo o aquel que guía y transporta a los agentes desprovistos de las grandes narraciones de significación del mundo, les inicia y les ofrece un sistema de sentido que les permite ubicarse en un horizonte más delimitado.

La sensibilidad religiosa actual responde a una necesidad de hogar ante el desarraigo al que son sometidas muchas personas. Pareciera entonces que esta ola de religiosidad, que oscila entre

lo trascendente, lo esotérico, lo adivinatorio y lo milagroso, es una consecuencia casi natural del funcionamiento de la economía, las finanzas, la política y la violencia generada por las mismas. La fortuna ocupa el lugar de la certeza, por tanto, se trata de lograr que nos sea propicia, de someterla a nuestros deseos y necesidades. Tales creencias ocupan el terreno abonado por la desazón y la incertidumbre generando un verdadero mercado de la fe y la salvación.

El énfasis en la interioridad emocional y la conciencia se presta a propuestas espirituales que tienen en común su flexibilidad, su diversificación, estrategias de *marketing*, y que cuentan con una gran difusión e impacto mediáticos; es decir, son ofertas muy pragmáticas en el uso de las tecnologías de la información y la comunicación, pero también en la efervescencia de ritos populares, algunos muy tradicionales, en la veneración a los gurús y santos como divinidades. El mercado de la fe, en este caso, es un sistema que permite mecanismos de pluralidad y de diferenciación generalizada en los distintos modos de vivir las creencias: por ejemplo, las maneras en que ahora se reivindica la fe como forma de dar consuelo a las personas ávidas de tener certeza, deseosas de que alguien tome las decisiones existenciales por ellas, o las muchas maneras de la experiencia de comunión con el otro que los hace hermanos en la fe y no enemigos en la sobrevivencia.

Es importante señalar que la pluralidad de creencias es un principio de toda democracia, siempre y cuando esta pluralidad esté acompañada además de la aceptación de la diferencia. El problema, sin embargo, es cuando las creencias se convierten en refugios indiscutibles por la falta de certezas, por la falta de confianza, por la violencia y el miedo engendrados; hay un incremento de los fundamentalismos. Lo cual tiene enormes costos, pues conlleva una pérdida de autonomía que hace presa fácil de la intolerancia, la discriminación y la exclusión, permitiendo que aparezcan, por doquier, los “asquitos”<sup>2</sup>. Tal vez por ello, en las condiciones planteadas, uno de los escenarios menos favorables en una sociedad con una práctica ciudadana incipiente y una laicidad amenazada, es el que se permita que las creencias religiosas se instituyan y legitimen en el espacio público como una forma de respuesta al desconsuelo social.

## La religión en el México de nuestros días

Si bien en México se puede sostener que el movimiento liberal de mitad del siglo XIX funda las condiciones para el surgimiento de instituciones religiosas no católicas, ello no supuso en lo absoluto su aceptación ni asumir, con toda cabalidad y sin virulencia, el proceso de laicización. Sin embargo, es ciertamente innegable que a partir de las Leyes de Reforma se dan las bases para la construcción de un proceso de secularización que facilitó las condiciones para la reconfiguración religiosa que hoy indiscutiblemente vive el país.

Los grupos no católicos en México se hacen visibles con el Estado liberal juarista, pero su presencia empieza realmente adquirir una visibilidad estadística a mediados del siglo XX. Hoy el panorama

<sup>2</sup> Este giro del lenguaje fue utilizado por el gobernador de Jalisco, Emilio González Márquez, durante la inauguración de la Segunda Cumbre Iberoamericana de la Familia, organizada por la Unión Nacional de Padres de Familia, en octubre de 2010, donde declaró que las bodas entre personas del mismo sexo le daban “asquito”.

religioso, como puede verse en el *Atlas de la diversidad religiosa en México* (De la Torre y Gutiérrez, 2007), y más recientemente en el Censo Nacional de Población y Vivienda 2010, se presenta más complejo. El universo religioso se muestra ya como un abanico de posibilidades cristianas y no cristianas que trascienden al catolicismo.

### Religión en México. Censo 2010

<b>CATÓLICOS</b>		92,924,589	82.7%
<b>PROTESTANTES Y EVANGÉLICOS</b>		8,386,207	7.5%
	Históricas	820,744	0.7%
	Pentecostales y neopentecostales	1,782,021	1.6%
	Iglesia del Dios Vivo Columna y Apoyo de la Verdad, La luz del Mundo	188,326	0.2%
	Otras evangélicas	5,595,116	5.0%
<b>BÍBLICAS DIFERENTES DE EVANGÉLICAS</b>		2,537,896	2.3
	Adventistas del Séptimo Día	661,878	0.6%
	Iglesia de los Santos de los Últimos Días	314,932	0.3%
	Testigos de Jehová	1,561,086	1.4%
<b>JUDAICA</b>		67,476	0.1%
<b>OTRAS RELIGIONES</b>		105,415	0.1%
<b>SIN RELIGIÓN</b>		5,262,546	4.7%
<b>NO ESPECIFICADO</b>		3,052,509	2.7%
<b>TOTAL</b>		112,336,538	100%

Fuente: Inegi, [www.inegi.com.mx](http://www.inegi.com.mx)

Aun cuando esto da cuenta de una cierta pluralidad, todavía se presenta como un proceso no homogéneo y territorializado: existe una mayor diversificación en las fronteras norte, sur y sureste, mientras que en los estados del centro y del Bajío es mayor el predominio de la Iglesia católica (cfr. Hernández y Rivera, 2009; Inegi, 2010).

La recomposición que ha tendido el campo religioso, por los menos en los últimos veinte años, permite identificar la presencia de agrupaciones religiosas diversas y muy activas donde destaca la proliferación de grupos que no están identificados con las religiones históricas sino con propuestas de tipo carismático: pentecostales, neopentecostales, new age, o formas de religiosidad popular engarzadas de manera muy pragmática a todas ellas.

Algunas encuestas<sup>3</sup> y análisis, como los proporcionados por el *Atlas de la diversidad religiosa*, daban ya cuenta de que, si bien la religión sigue siendo muy importante para los mexicanos, las prácticas religiosas no son ya el centro en torno al cual los individuos construyen el conjunto de su identidad: se cree, pero no necesariamente en los términos que las instituciones religiosas tradicionales lo esperan. La pérdida de observancia religiosa –entre otras cosas por la disociación entre las prácticas esperadas y las necesidades de la vida cotidiana– y el sincretismo religioso –la integración a grupos de cábala o de new age creyendo en Dios y yendo a misa aunque no sea cada ocho días– parecen ser ahora lo común.

Adicionalmente, el panorama en el campo religioso mexicano ha cambiado de forma significativa. Uno de los aspectos que contribuyó a ese cambio fueron las modificaciones a la Constitución realizadas en los artículos 3, 5, 24, 27, y 130 y en el artículo transitorio 17, promulgadas el 28 de enero de 1992. Esto dio pie a la nueva Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público y su reglamento.<sup>4</sup>

Las reformas al marco jurídico constituyeron un giro fundamental en la construcción de la visibilidad social de todos los grupos religiosos. En el caso de la Iglesia católica, a pesar de las divergencias internas sobre las reformas, logra un reposicionamiento en el ámbito fundamentalmente político. Esto de alguna forma se verá reforzado por los acontecimientos que sucederán con el inicio del nuevo milenio. Un cambio de gobierno que posiciona en el poder al Partido Acción Nacional y con ello una visión que debe mucho al conservadurismo católico. En el sexenio foxista fueron claros el entrecruzamiento y la confusión entre lo público y lo privado. Desde la campaña misma de Fox hubo señales que indicaban las tendencias provocativas, pero también muy pragmáticas, del futuro presidente con respecto al tema religioso.

Es un hecho que el gobierno panista, de ya dos sexenios, también ha permitido que los puestos clave de su gobierno sean ocupados por funcionarios que en su mayoría están vinculados, de alguna u otra manera, a movimientos conservadores ligados a la Iglesia católica. Por tanto, no es difícil pensar que en la toma de decisiones cotidianas, que pareciera no tener mayor trascendencia, se ponga en juego una forma de ver la vida, principios que privilegian los valores del catolicismo.

<sup>3</sup> Cfr. Alducín, E. (1993) y Beltrán, U. *et al.* (1995).

<sup>4</sup> Para una explicación amplia y documentada de las modificaciones a los artículos señalados, consultar Medina González, 2007: 421-427.

No está del todo claro, como señala Roberto Blancarte, que los principios personales no invadan el interés público, es decir el interés de todos, y menos aún que no se utilicen los puestos públicos para favorecer situaciones de acuerdo a las convicciones personales y no a las del interés de todos (Blancarte, 2010).

Dadas las condiciones sociopolíticas y culturales imperantes en el México actual, las modalidades que éstas han ido adquiriendo, sobre todo a la luz del cambio de gobierno en el año 2000, nos lleva a repensar las circunstancias en las que la laicidad se ha configurado. Nos enfrentamos a una situación donde, por una parte, un nuevo gobierno parece acudir cada vez más a los universos de creencias religiosas como ámbitos de legitimación y de integración social, en una especie de reocupación del ámbito público; y, por otra, el hecho de que tales prácticas encaran también a formas culturales fragmentadas, muchas de ellas no institucionales, que permiten identificar un proceso de secularización que con todo ha permeado el tejido social. Así, vemos un gobierno local financiando santuarios cristeros, pero también a una multitud desnuda frente a la Catedral posando para una foto, o la explosión de expresiones sincréticas donde conviven en una misma cuadra un santuario de la Virgen de Guadalupe y uno de la Santa Muerte.

En este escenario la Iglesia católica mexicana ha ganado terreno, sobre todo, decíamos, en el terreno político, y particularmente a través del fortalecimiento de los grupos de seglares anteriormente existentes y algunos más que se han ido conformando,<sup>5</sup> sin embargo también enfrenta situaciones que han mermado su autoridad y su presencia en la vida cotidiana.<sup>6</sup> Las condiciones existentes favorecen sus posicionamientos políticos pero a la vez han generado un cierto resquemor porque se le ha permitido, sin un llamado de atención claro por parte de las autoridades correspondientes, involucrarse en asuntos que se consideran públicos. Además, enfrenta el innegable proceso de secularización que ha vivido la sociedad mexicana y la crisis que la ha cimbrado en su conjunto, de la cual ha sido parte incluso protagónica, por los casos de pederastia y abuso sexual y por sus vínculos con los grupos del crimen organizado a través de las llamadas “narcolimosnas”<sup>7</sup> o con la presencia de sacerdotes en ambientes familiares o grupales del crimen organizado: bautizos, bodas, quince años, etcétera.

En la sociedad mexicana actual es posible señalar que esta recomposición es en parte producto de la paulatina desinstitucionalización de las instituciones intermedias de la sociedad, producto de los cambios internos y externos que van desincronizando los procesos de mantenimiento de la institución. La desinstitucionalización en la sociedad consiste en este desplazamiento de la producción simbólica que da lugar a una transformación y fragmentación de las entidades proveedoras y productoras de sentido. Esta desinstitucionalización, en el ámbito de lo religioso, se entiende, entonces, como el

---

<sup>5</sup> Un trabajo reciente que describe los movimientos conservadores en la Ciudad de México es el de Ramírez, C. Bertha (2010).

<sup>6</sup> El ritmo de crecimiento de la población católica es menor que el de la población total (cfr. [www.inegi.com.mx](http://www.inegi.com.mx)).

<sup>7</sup> No podemos olvidar los casos del padre Nicolás Aguilar, en Puebla, del padre Marcial Maciel, rector general y fundador de la Congregación de los Legionarios de Cristo, y las narcolimosnas que han sido todo un tema de discusión desde el asesinato del cardenal Juan José Posadas Ocampo, que han llevado a la Iglesia católica a reconocer la existencia de esta práctica.

debilitamiento paulatino en la fuerza de inculcación, regulación y control del universo de creencias, lo que obliga a las instituciones religiosas tradicionales a adaptarse a una dinámica distinta de la circulación de las creencias; afectadas por este orden inestable también han perdido su eficacia como productoras y proveedoras incuestionables del sentido social.

Pero este proceso de desinstitucionalización se ve ahora agudizado no sólo por las condiciones impuestas por una sociedad globalizada, cambiante y de flujos, sino también por la presencia de las organizaciones criminales en vastas zonas de nuestro país, quienes aceleran el proceso de descomposición institucional al corroer, y en algunos casos disolver, la capacidad de funcionamiento de las de por sí mermadas instituciones sociales; predomina entonces la fuerza de las armas, el soborno, la amenaza y el chantaje. La disolución de la autoridad no trae libertad sino nuevas formas de control social. Algunas posibles consecuencias, en el caso de las creencias religiosas, es la exacerbación de los fundamentalismos. Éstos últimos pueden tener costos muy onerosos para la sociedad, pues, como se decía más arriba, conllevan una pérdida de autonomía que hace presa fácil de la intolerancia, la discriminación y la exclusión. Se puede presentar también la creciente práctica de un sincretismo religioso que opera como refugio en la inestabilidad, el desasosiego y el miedo, lo que puede abrir una ventana a una cierta pluralidad en el universo religioso actual, aunque esto no conlleve necesariamente al respeto y la aceptación de la diferencia.

### **La religión en medio de la incertidumbre, la desconfianza, la impotencia y la muerte**

Ligada a los cambios propios de las sociedades actuales, la situación social en el México de nuestros días parece un retrato de la sociedad de riesgo descrita por Ulrich Beck, aunque, en este caso, el riesgo proviene de los desniveles propios de un país con enormes desigualdades internas. La modernidad de México se fue construyendo en el marasmo del campo político, la complicidad, los cacicazgos, los corporativismos y las clientelas, la corrupción generalizada, la impunidad, la autoridad que permite violaciones a sus propias reglas, la falta de una ciudadanía educada y realmente clara de su papel en la estela sociopolítica; estamos cobrando la factura. Hoy enfrentamos un país con profundas desigualdades, con millones de personas desarraigadas, pobres, sin educación o si acaso una muy elemental, falta de empleo, una juventud completamente desorientada y sin perspectiva de futuro. No es difícil pensar que están dadas las condiciones para que la población sea blanco, un ejército de reserva invaluable, para el crimen organizado que hoy parece tener en sus manos a muchas regiones del país.

La población en general sabe poco de los alcances de la presencia del crimen organizado en la productividad de zonas enteras de México, del exilio al que se han visto sometidas miles de personas porque simplemente huyeron de lugares sin ley, muchos de ellos dejando tras de sí el patrimonio de una vida. Poco se sabe del sometimiento no sólo de los migrantes sino de jóvenes de las ciudades o comunidades pequeñas que sin empleo ni perspectiva de futuro son reclutados por no más de quinientos pesos y sus dosis diarias, una vez enganchados en las drogas.

Se tiene la mirada parcial de los medios de comunicación que han tendido a la espectacularización de los actos violentos, las masacres, los asesinatos. Los medios de cadenas nacionales no dan cuenta de

las condiciones en las que laboran los periodistas de los medios locales, sobre todo aquellos que cubren las fuentes policíacas o de seguridad nacional, ni de la infiltración de los llamados “narcoperiodistas” en las redacciones locales que trabajan para algún cártel y dan línea entre sus colegas para la escritura de notas.<sup>8</sup>

Los medios, sobre todos aquellos abiertos y de mayor accesibilidad, están arrinconados entre políticas de mercado, ratings y amenazas directas del crimen organizado. Ello se vio de manera reciente en el acuerdo que algunos de los conglomerados mediáticos firmaron para tener un mínimo de políticas compartidas respecto al tratamiento de la información, que aseguraran, al menos, no seguir el juego de la violencia de atemorizar o de insensibilizar y crear indiferencia al espectacularizar el asesinato despiadado. Este acto es la manifestación de una estrategia de tales medios para responder a su vulnerabilidad, aunque no estemos del todo ciertos que muchos de ellos no se encuentren infiltrados y hasta financiados por el crimen organizado.

Tampoco se ha dado cuenta de cómo las creencias religiosas pueden ser parte constitutiva de las organizaciones criminales, son esas creencias las que muchas veces construyen su identidad, e incluso cierto grado de afinidad, con núcleos de la población que ven en el donativo, para la construcción de su parroquia o de un camino, un acto de generosidad. El asesinato se vuelve entonces como una respuesta natural a la traición y la deslealtad. Comparten pues los valores más arraigados, la familia, la lealtad, la generosidad. Delinquir deja de ser un delito para volverse una forma de vida de muchas poblaciones.

Lo que tampoco se cuenta es el proceso más corrosivo y pernicioso: la pérdida cotidiana de la certidumbre, el creciente desconsuelo, la falta de respeto al otro, la desconfianza y el miedo. Finalmente la vida personal o en familia queda pendida de un hilo y sin posibilidad de ayuda alguna, porque ya no se sabe a quién se tiene a lado.

Hoy podemos encontrar zonas enteras prácticamente despobladas e improductivas, gente que al tratar de hacer su vida cotidiana sale de su hogar sin saber si va a regresar. De ello no se salva nadie: el que tiene, porque tiene; el que no tiene, porque no tiene: “plata o plomo”, “cooperas o cuello”. La trasgresión es la ley, de ello no se salvan ni los lugares sagrados. Hay sitios donde las parroquias o los centros de culto han sido escenarios de amenazas en el momento en el que se celebra la misa o el servicio.

[...] un domingo entró un herido hasta esconderse detrás del ambón, posteriormente en la misma celebración de la misa llegaron los delincuentes que lo venían siguiendo y entraron con sus armas a la parroquia apuntado a todos los fieles, sacaron al refugiado y en la calle lo terminaron de ejecutar [...] dejando tras de sí el terror y la histeria [testimonio, 2011].<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Un trabajo que documenta las condiciones de los periodistas mexicanos en los medios locales es el de Paredes Rojas (2011).

<sup>9</sup> Testimonio de un sacerdote de la ciudad de Matamoros, Tamaulipas, obtenido el 3 de septiembre de 2011, durante una conversación entre él y nuestro amigo y colega Ángel del Campo, vía correo electrónico.

Lo cierto es que en situaciones de extrema violencia la religiosidad toma diferentes cauces. En realidad los creyentes construyen una posible “explicación” a los eventos de violencia desde su propio sistema de creencias y desde ahí actúan. Si en un inicio la comunidad de creyentes se unía y oraba por la paz, ahora la transgresión de los espacios sagrados restringe o imposibilita la creación de comunidad. La práctica religiosa se vuelve cada vez más un acto privado; la casa y los medios de comunicación, un refugio posible. Éstos últimos constituyen una indiscutible alternativa de comunicación para las agrupaciones religiosas, quienes han optado por mantener de esta manera contacto con su feligresía. De ahí la importancia que han adquirido muchas agrupaciones cristianas no católicas, como las pentecostales y neopentecostales, que en general, al tener un sistema de sentido flexible y muy pragmático, han empleado eficazmente todos los medios –televisión, cine, radio e Internet– para movilizar adeptos o construir redes de interacción; es decir, han aprovechado los recursos que brindan los medios electrónicos para construir espacios de encuentro, conversación, información y consuelo.

No obstante, al reivindicarse la fe como consuelo para las personas ávidas de tener una certeza, deseosas de que alguien tome las decisiones existenciales por ellas, se permite generar también formas de control de las que paradójicamente la sociedad secularizada ha tendido a liberar. Pareciera entonces que los distintos modos de vivir las creencias, en la incertidumbre que emerge de la violencia exacerbada, de la falta de autoridad, de la amenaza y la impunidad, pueden también contribuir a producir y a anclar sentidos; el individuo puede recurrir a formas de validación de su vida y su existencia –para él más seguras– que generen al final un efecto no buscado de dependencia y control. Como se decía más arriba, el surgimiento de los fundamentalismos es tal vez la expresión más clara de este fenómeno que tiene el riesgo de clausurar la libertad y la tolerancia.

El hecho de que los grupos religiosos más conservadores, con valores inflexibles, sean quienes den más certeza y confianza en momentos de profundo desasosiego, quizá es uno de los mayores riesgos de una sociedad profundamente violentada en escenarios dantescos donde los muertos aparecen por docenas y los cuerpos se vuelven vehículos de información. El deseo de apego a la vida, o al menos la promesa de una trascendencia, proporciona cierto tipo de consuelo, que se acompaña de una forma de civilidad en las escenas cotidianas: “Ya no veo feo ni maldigo al conductor vecino que casi me golpea el auto”, se sale de casa dejando el itinerario del día, se trata de evitar la ostentación, se es educado con el vecino. El miedo a ser víctima parece de pronto acercarnos a ciertos valores, aun cuando muchos de éstos atenten contra nuestra libertad. Pero no se trata ya de ello, se trata de sobrevivir a las formas de control impuestas por la vía de la violencia y de tener al menos un asidero.

## **A manera de conclusión**

Señalábamos más arriba que la pluralidad de creencias es un principio de toda democracia, siempre y cuando esa pluralidad esté acompañada además de la aceptación de la diferencia. El proceso religioso vivido en México en los últimos veinte años abría la posibilidad de una pluralidad religiosa que facilitara no sólo la coexistencia y la tolerancia, sino el reconocimiento y el respeto a la diferencia en las ideas. Se presentaba como un camino largo y, desde luego, vinculado a cambios sociales que irían más allá del ámbito de las creencias religiosas, pero se abría la ventana. Hoy, sin embargo, todo parece

incierto, y más aún, se presenta un escenario donde las creencias se convierten en refugios por la falta de certezas, por la falta de confianza, por la violencia y el miedo engendrado por ésta. Se puede topar y aceptar actos autoritarios, valores aceptados, más por miedo que por convicción, en nombre de una fe que nos brinda al menos algo de consuelo; se da paso a un conservadurismo que conlleva una pérdida de la autonomía individual, que lenta y con muchos altibajos se ha ido construyendo en este país. Se abre la puerta y se da la bienvenida a las voces que promueven la intolerancia, la discriminación y la exclusión.

Asimismo, decíamos que uno de los peores escenarios es aquel en el que se permite que las creencias religiosas sean instituidas y legitimadas en el espacio público como respuesta al desconuelo social y que los gobiernos en turno, con su permisividad, den pie a que las ideas más conservadoras y regresivas rijan políticas y decisiones gubernamentales que, aun cuando nimias, marcan el accionar social. Si bien las creencias religiosas son un componente antropológico de cualquier sociedad –el hombre desde siempre ha tenido la necesidad de un resguardo trascendental frente a lo indefinible y a su propia vulnerabilidad–, esta relación de las creencias con el espacio público y el poder político ha dado pie a experiencias como las que hoy día es posible ver en muchas sociedades cuyos procesos de institucionalización son precarios o inexistentes y en donde predominan el autoritarismo, la vejación y el asesinato como lección ejemplar.

Parece un hecho que la violencia que ha trastocado la sociedad mexicana de nuestros días construye nuevas formas de subjetivación en las que se mezclan la amenaza, el miedo, la incredulidad y la indiferencia. Nos enfrentamos a un complejo mosaico en la construcción de significaciones que pasa, en mayor o menor cercanía, a los actos de violencia en sus diferentes gradientes. En este escenario es difícil dar cuenta de cómo los individuos concretos encaran sus condiciones de existencia, de cómo incluyen sus sistemas de creencias religiosas en las acciones y respuestas que dan ante tales condiciones. No obstante, nos parece que estamos en una coyuntura que marca ya un antes y un después en la vida de generaciones enteras.

Falta mucho por indagar sobre estos cambios, mucho que explicar más allá de las especulaciones periodísticas o coyunturales, se requiere sistematizar las miles de historias que, pasando como anécdotas, desdibujan el testimonio de una vida humana. No se trata de regresar al pasado, de aferrarse a lo conocido, a las instituciones maltrechas. Es necesaria una mirada precisa y punzante para la construcción de nuevas posibilidades de convivencia de estas subjetividades colapsadas, anestesiadas por un conformismo producto de la fatalidad.

## Referencias

- Alducín, E. (1993), *Los valores de los mexicanos en busca de una esencia*. Tomos I, II y III. México, Grupo Financiero Banamex-Accival.
- Beck, U. (1998), *Las sociedad del riesgo*. Barcelona, Paidós.
- Beltrán, U. *et al.* (1995), *Los mexicanos de los noventas*. México, Instituto de Investigaciones Sociales- UNAM.
- Blancarte, R. (2010), “Creencias personales y función pública”. 3 de agosto. Consultado en [www. Milineo.com](http://www.Milineo.com)
- De la Torre, R. y C. Gutiérrez (coords.) (2007), *Atlas de la diversidad religiosa en México*. México, CIESAS/Conacyt/ Colegio de Jalisco/Colegio de Michoacán/ Colegio de la Frontera Norte/ Universidad de Quintana Roo/ SEGOB.
- Dobbelaere, K. (1994), *Secularización: un concepto multi-dimensional*. México, Universidad Iberoamericana.
- Inegi (2010), Censo Nacional de Población y Vivienda 2010. Consultado en [www.ingi.com.mx](http://www.ingi.com.mx)
- Hernández, A. y C. Rivera (coords.) (2009), *Regiones y religiones en México. Estudios de la transformación sociorreligiosa*. México. COLEF/CIESAS/Colegio de Michoacán.
- Luckmann, T. (1973), *La religión invisible*. España, Sígueme.
- (1995), *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. España, Paidós.
- (2008), *Conocimiento y sociedad. Ensayos sobre acción, religión y comunicación*. España, Trotta.
- Mardones, J. M. (1999), *Nueva espiritualidad, sociedad moderna y cristianismo*. Cuadernos de Fe y Cultura. México, UIA/ITESO.
- Paredes, J. C. (2011), *Los periodistas: la llamada “guerra contra el narco” en México. 2006-2010*. Tesis maestría en Comunicación y Política. UAM-X.
- Weber, M. (1984), “Tipos de comunidad religiosa (sociología de la religión)” en *Economía y sociedad*. México, FCE.